



JESUS REALIZA Y CON- SUMA

JEAN GUITTON no es un teólogo. Mejor dicho, no es un profesional de la Teología. Es teólogo porque es un filósofo que ha dado a su pensamiento una dimensión única y cristiana. Y, diría que, también es teólogo, por la circunstancia histórica de su patria y de su tiempo.

Jean Guitton es francés. Nacido en 1901, ha presenciado el ocaso angustioso del racionalismo del siglo XIX y ha conocido a Loisy y a las grandes figuras del movimiento racionalista francés. Guitton ha sabido ponderar desde bien temprano la necesidad y el valor de una apologética de esa fina percepción del fenómeno y del sentimiento vital, como estímulo del conocimiento teológico.

Además Guitton ha estudiado la teología dogmática, ha manejado los Santos Padres, y en sus años de profesor de Filosofía en Montpellier, Dijon y París ha ido decantando poco a poco su espíritu finamente observador, hasta lograr ese matiz tan peculiar y personal de sus obras.

Por eso es difícil clasificarlas. Desde el punto de vista de la Teología dogmática, sus libros sobre Jesús y María —que no son ni biográficos ni narrativos—, aparecen como poco enraizados en la corriente del pensamiento tradicional, cuyos cimientos son el dogma y la Tradición. Por otra parte su obra rebasa, por completo, el campo de la mera especulación filosófica y de la reflexión piadosa —valga la expresión—, aunque están llenos de esa agradable unción de los hombres profundos que aman a Dios y los caminos de Dios.

Tal vez el ángulo de visión más certero y ecuánime sea el de lo humano. Guitton ha buscado preferentemente ese dato humano,

NUEVO Y VIEJO

a veces imponderable para el rigor de un sistema, a veces, incluso, solamente imaginable en el clima cálido en el que se ha concebido y desarrollado la obra. Siempre más fácil de constatar, me atrevería a decir, bajo el prisma que busca, casi exclusivamente, la inserción naturalísima de lo sobrenatural en lo humano, que bajo la luz blanca y compendiosa de un esquema totalizador de teología.

Por esto digo, Guittón es teólogo y no es teólogo.

Quedémonos, pues, con la idea de un Jean Guittón teólogo en ese sentido del dinamismo teológico de una vida auténticamente cristiana y dejemos, desde luego, en última instancia, sintonizado nuestro criterio con lo que la teología profesional auténtica nos deba decir. Porque ser católico, aun en sus matices más íntimos e individuales, no es más que una lógica consecuencia de ser Iglesia. Y, ya lo sabemos, Iglesia no hay más que una.

NO cabe duda de que Jesús puede ser aislado, porque todo puede ser aislado, porque la inteligencia aísla... Pero resulta difícil aislar a Jesús. Su característica es ser precisamente *antes y después* del momento en que era. Por debajo, por encima, más allá. Jesús trasciende por todas partes.

Jesús, en un tiempo sumamente limitado, con medios ínfimos, ha conmovido lo que es inmovible: la religión.

Jesús y las religiones anteriores

Y bajo dos formas en apariencia indestructibles: la religión romana y la religión judía. Observadlas. Debían aparecer —por diversos motivos— como religiones igualmente eternas. La romana por su vinculación con el estado, con la fabulación (que creaba dioses en ella), con el sexo, con el cosmos, con lo más bajo y más alto que hay en el hombre...

Pero, desde el punto de vista de la fe, la religión de los judíos tenía todavía más seguridad y porvenir. Se hallaba fundada por el Criador de las esencias, dotada de una alianza eterna exclusiva. Un pensamiento religioso que superaba en valor a las filosofías de los griegos, que iba aumentando en precisión y pureza; una comunicación con la Fuente de todo, que se mantenía en esta religión gracias a sus profetas.

Pues bien, esas dos religiones van a desaparecer. La religión romana termina por convertirse en una superstición que busca refugio en el campo: revienta por la parte baja. Podría decirse que la religión judía por el contrario, se va elevando, se sobrepasa a sí misma y se esfuma en la altura. Queda sublimada en la religión de Jesús, el cual consume en sí mismo y en sus continuadores todo aquello que la religión judía anunciaba y permitía sin conocerlo de manera clara y distinta. El judaísmo, quebrado en su ímpetu, permanecerá en adelante como testigo de sufrimiento y de expectación.

Está bien claro que ese doble efecto tan innegable, no ha podido tener por única causa la actividad de unos pocos partidarios de Jesús. Ha sido necesario que, detrás de esa actividad existiera una Energía proporcional a los resultados. Y, a esa X le llamamos Cristo.

Escisión de la duración en un pasado y un futuro absolutos

Es una cosa notable que Jesús se halle insertado, enraizado y encardinado en la duración, como jamás lo ha estado personaje histórico alguno.

Ciertamente, El no es el único a partir del cual todo comienza o re-comienza, en particular el cómputo del tiempo. Pero Jesús es el único que ha roto la duración en dos partes alrededor de sí, creando detrás un pasado absoluto, creando delante un futuro indefinido, y ocupando esa duración humana con tal pujanza que se podrá dudar de El e incluso negarle, pero sería estúpido esperar y hasta concebir que volviera a haber un nuevo Jesús o un Super-Jesús.

Las grandes individualidades de la historia aparecen y desaparecen de la misma manera que los meteoros.

Pero no ocurre lo mismo con Jesús. La relación que El mantiene con la historia judía es única en su género, y así lo seguirá siendo siempre. Si se examina esa historia a una luz retrospectiva, es de notar que toda ella nos parece orientada hacia El, de suerte que dejó de ser historia progresiva cuando El se manifestó. Jesús ha asumido, ha vivido, ha agrupado, ha recapitulado en sí mismo todo aquello que un pueblo entero había concebido, orado, instituido y sufrido; un pueblo espiritual, un pueblo adorador entre todos, un pueblo preocupado por la idea de la verdad, de la justicia.

...Porque no son solamente algunos versículos, algunos personajes, algunos ritos, algunos acontecimientos, los que simbolizan oscuramente al Cristo que ha de venir, sino que es la historia integral y creciente de un pueblo entero, afecto a la idea de un Dios moral, de un Dios único; pueblo que a través de catástrofes sumamente probables y de elevaciones bastante improbables, va adquiriendo cada vez más conciencia de la existencia del Trascendente... Después esa historia pone su fe y su certidumbre en el futuro, a pesar de las negaciones de la experiencia transitoria, aguardando una bendición para su raza, alrededor de un Ser excepcional, pero no inconocible, y que incluso va siendo conocido cada vez más. Y los "hombres de Dios", los profetas, dibujan el rostro de ese ser con trazos de gloria, de dolor y de humillación.

No se trata pues, de un personaje episódico, como tal o cual rey, tal o cual profeta. Ni se trata de un santo, ni tampoco de un sabio, de un héroe, de un jefe de escuela o de religión. No se trata de un episodio maravilloso, como la detención del sol...

Jesús no es accidental, no obra por medio del prodigio: Jesús realiza y consume. Está ligado con la historia humana anterior, a través del eje espiritual por el cual dicha historia vuelve siempre sobre sí misma para remontarse a su fuente y para tomar impulso.

Pero Jesús no es punto cualquiera de ese eje: es *aquello hacia lo cual* tendía ese eje, y lo que da a éste su propulsión hacia el futuro. Si hay en todo ello una casualidad de casualidades, una apariencia debida a la ilusión, habrá que decir que es una ilusión bien fundada: ¿cómo explicar de manera satisfactoria la situación de Jesús en relación con ese impulso vital que parece prepararle, (la religión judía se endurecería después de Jesús, como leño que ya ha dado todo su fruto), en relación con el impulso que anima toda la historia después de El?

La operación constituyente de Jesús

Jesús *constituye* pero sin aparentarlo.

En efecto existen dos tipos de armonía. El primero es el de la síntesis manifiesta como en la arquitectura del Partenón...

Pero existe también un segundo tipo de síntesis y de armonía: el que se advierte en una figura disimétrica, en un rostro atormentado, en la

arquitectura barroca, en las cadencias impares, en casi todos los paisajes de nuestros campos. Entonces el vínculo que une las diversas partes de esas obras consiste en la afinidad de cada parcela con el espíritu de su creador, sin que haya en todo esto orden aparente.

La síntesis operada por Cristo es una síntesis respetuosa de cada uno de los elementos agrupados; es una síntesis discreta, que es propuesta a cada época, a cada esencia, a cada conciencia; que muy raras veces es aceptada y llevada a cabo, pero permanece presente en el hombre, como posibilidad y como reproche.

Diré una vez más que Jesús no ha inventado estas maneras de concebir y sentir. Pero ha preservado su esencia, y ha hecho que se puedan ir acrecentando según su trayectoria pura. Antes de Jesús, esa esencia era vulnerable. Desde ahora ya nunca será posible volverse atrás. Desde ahora se poseerá el medio de percatarse de los estancamientos y de los fracasos, de las corrupciones. La palabra *desde ahora* —palabra misteriosa y bella— me parece que está aquí en su lugar apropiado, mejor que en ningún otro lugar. Jesús es el ser, a propósito del cual se puede decir siempre: *desde ahora*.

¿Cuál será el porvenir de la especie humana?

Es posible que su edad adulta no haya llegado todavía, y que este instante del siglo XX represente la preinfancia del mundo. Por el contrario, puede ser también que la experiencia haya durado bastante y que esté a punto de terminar.

Pero el tiempo no tiene importancia.

Asistimos a una especie de reagrupamiento de naciones, a un ensayo de recapitulación en la unidad. Pero ¿en torno de qué principio, de qué centro y de qué resorte?

¿Hay un Ser, una Idea, una Existencia que, en nuestros días sea verdaderamente capaz de permitir a los hombres unificarse, progresar, reparar en un instante sus pérdidas?

Me parece que la historia de Jesús, aclarada por la de las épocas que le han precedido, y por los veinte siglos que le han seguido, nos permite responder a esta interrogación.

Porque nosotros hemos hecho todas las experiencias, hemos agotado todas las negaciones, y no hay más que un Nombre, que pueda ser pronunciado para dar al hombre del siglo XX la esperanza y la alegría: Jesús (1).

(1) JEAN GUITTON: «Jesús» (Tr. C. Ruiz Garrido; Fax, Madrid, 1958, cap. XII, pp. 301ss)